ZACATECAS

ZACATECAS

F139
.Z2
C47

1020004957

108605

F. CERVANTES

ASALTO Y TOMA

DE

ZACATECAS

Sólo la acción revela la naturaleza de nuestra inteligencia y el valor de nuestro carácter.

LE BON.

MEXICO, D. F.

1915

F1391
.Z2
C47

Señor General Francisco Villa

CAPILLA ALFON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

Señor General Felipe Angeles

FE

ASALTO Y TOMA DE ZACATECAS

Sólo la acción revela la naturaleza de nuestra inteligencia y el valor de nuestro carácter.

LE BON.

Antecedentes. El cielo de las ambiciones de Venustiano Carranza se vió más de una vez nublado por el prestigio de los hombres de acción; pero nunca aquella figura decorativa de la Revolución tuvo más celos que cuando Pancho Villa, el amigo fiel de Dn. Francisco I. Madero, escapado de la muerte a que quiso llevarlo y de la prisión a que lo llevó Victoriano Huerta, inició infatigable su nueva lucha por la justicia del pueblo, con unos cuantos hombres y un puñado de pesos con que atravesó la Frontera, para crecer y agigantarse en su prestigio militar, hasta llamar la atención del mundo. Aquel luchador de toda su vida, fué célebre guerrillero, de guerrillero pasó a táctico y de táctico a estratega.

Chihuahua. Su campaña de Chihuahua se sintetiza en estos elocuentes renglones del General Felipe Angeles: "Con tropa y municiones insuficientes, ataca Chihuahua por el Oriente, finge un fracaso, marcha de noche, hace un rodeo para apoderarse al Norte de la vía férrea, aprisiona un tren y con la más despierta

inteligencia que no olvida un detalle, engaña al enemigo en Ciudad Juárez, que lo creía a inmediaciones de Chihuahua y llega un tren hasta el corazón de la ciudad, donde sorprende y derrota a la guarnición; mientras tanto, ha hecho marchar a pie hacia Ciudad Juárez al resto de sus tropas, para retardar así al enemigo y tener tiempo de equiparse y municionarse. Al aproximarse el enemigo a Ciudad Juárez, sale a su encuentro para evitar complicaciones internacionales, lo derrota en Tierra Blanca y lo persigue hacia Chihuahua, de donde el enemigo, lleno de pánico, corre para Ojinaga, camino de Coahuila, huyendo para siempre de Villa, quien lo alcanza, detiene y derrota en Ojinaga, poniendo así término a la campaña de Chihuahua."

Empero, el apacible Gobernador porfirista de Coahuila, no admite en la Revolución figuras más grandes que la suya; ha alejado y va alejando de su lado a todo hombre que vale, y a los triunfos de Villa en Chihuahua, corresponde con el menosprecio de tan magna labor militar y con la intriga política; pero con el prestigio militar del General Villa, independiente de Carranza, crece la acción arrolladora de la Revolución, y bien pronto las numerosas y aguerridas tropas del Norte, presentan batallas formales que constituyen elocuentes ejemplos de bravura.

Torreón. En Torreón, diez mil hombres con treinta cañones, logran a fuerza de constancia en diez largos días de terrible lucha, obligar a evacuar la plaza al enemigo, que era aproximadamente igual en número. Esta victoria se completa con la batalla de San Pedro de las Colonias, en que un enemigo de efectivo superior, es derrotado y huye en desorden rumbo a Saltillo.

Paredón, punto estratégico ocupado por cinco mil hombres que quieren impedir el paso hacia Saltillo a la División del Norte, es el lugar en que se consuma en unos cuantos momentos

un desastre militar y los restos de aquella vanguardia huyen despavoridos a Saltillo, a precipitar la evacuación de la plaza.

Después, el señor Carranza va a pasear su tranquila figura por la Capital de su Estado, recuperada con el brazo prepotente de Francisco Villa.

La División del Norte se agiganta con su Jefe, y se apresta a la batalla más completa y al triunfo más decisivo de los registrados en la historia de México; pero Carranza aumenta su celo, al paso que crece el prestigio de Villa, porque esta luz de actividad guerrera, opaca su pequeñez pasiva; fragua maquinaciones con Pablo González, que está en Monterrey, y prohibe a Villa que vaya a Zacatecas a cosechar un nuevo triunfo. Villa, no obstante, obedece el deber superior que le señalan sus generales, y a despecho de Carranza, se libra la batalla de Zacatecas.

Telegrama. "Hemos convencido al señor General Villa –decían por telégrafo los generales de la División del Norte a don Venustiano– de que los compromisos que tiene contraídos con la Patria lo obligan a continuar con el mando de la División del Norte, como si Ud. no hubiera tomado la malévola resolución de privar a nuestra causa democrática, de su Jefe más prestigiado, en quien los liberales y demócratas mexicanos tienen cifradas sus más caras esperanzas; si él lo escuchara a Ud., el pueblo mexicano, que ansía el triunfo de nuestra causa, no sólo anatematizaría a Ud. por su resolución tan disparatada, sino que vituperaría también al hombre que, en camino de libertar a su país de la brutal opresión de nuestros enemigos, abandonara las armas por sujetarse a un principio de obediencia al Jefe que va defraudando las esperanzas del pueblo, con su actitud dictatorial, su labor de desunión en los Estados que recorre y de desacierto en la dirección de nuestras relaciones exteriores. Sabemos bien que esperaba Ud.

la ocasión de apagar un sol que opaca el brillo de Ud. y que contraría su deseo de que no haya en la Revolución hombre de poder que no sea incondicional carrancista; pero sobre los intereses de Ud. están los del pueblo mexicano, a quien es indispensable la prestigiada y victoriosa espada del General Villa."

La batalla de Zacatecas es particularmente notable, porque aparece como el primer encuentro casi clásico, de la Revolución y aun de la Historia de México. Presenta todas las fases: Reconocimientos preliminares, toma de contacto con el enemigo, estrechamiento del círculo de sitio, distribución ordenada de las tropas, elección de posiciones y establecimiento en batería de la artillería; empleo eficaz de ésta, para apoyar a las otras armas; elección de una reserva y de un frente de ataque principal; desarrollo regular y previsto de la batalla; asalto de las posiciones, esfuerzo final y persecución eficaz.

La calidad de las posiciones de la defensa, que parecían inexpugnables, y los efectivos combatientes, eran estos: Doce mil hombres defendían la plaza y veinte mil la atacaban, sitiándola.

Se asaltaron y tomaron seis cerros atrincherados y dominantes, y la guarnición de Zacatecas fué aniquilada en nueve horas de lucha.

Descripción. La Ciudad de Zacatecas, Capital del Estado del mismo nombre, tiene una población de unos 30,000 habitantes, y se encuentra en una *Olla* o *Barranca*, rodeada de eminencias. Situada en la Mesa Central Mexicana, su altitud es de 2,400 metros, circunstancia que le hace tener un clima exquisito y fresco en la estación de verano.

Por razón de la topografía del terreno, la ciudad se alarga de Norte a Sur, abundando en su parte céntrica las construcciones de dos pisos, debido a la falta de espacio. Parece como que la Ciudad serpentea en el sentido del Talweg y que quiere dilatarse a lo ancho por sobre los lome-

Panorama de la Ciudad de Zacatecas desde el Crestón de La Bufa

ríos del lado Oriente, últimas estribaciones del Cerro de Bolsas, y por sobre las faldas del Cerro del Grillo, al Poniente.

Para llegar a Zacatecas, viniendo del Norte, se tiene que doblar una barrera formada por eminencias que sobrepasan de 300 a 500 metros el nivel de la Ciudad.

Veta Grande, mineral famoso de otros tiempos, se oculta detrás de esas eminencias, y por su pueblecilló, tristón y semiabandonado, pasa un camino carretero que viene del pueblo de Morelos y que se dirige a la Capital buscando la pendiente favorable del terreno, encorvándose por sobre las cimas y dirigiéndose hacia el Sur, hasta entrar en la punta Norte de la Ciudad. Otro camino carretero conduce del Oriente, viniendo de Aguascalientes, pasando por el pueblo de Guadalupe, a siete kilómetros de la Capital, y entrando con ligera pendiente ascendente por el cañón que separa al cerro *altiplanicie* de las Bolsas del cerro *fortaleza* de La Bufa, memorable este último por el asalto que el General Rocha dió en él el año de 1871 a los generales fronterizos que lo defendían, peleando contra el Gobierno legítimo del Presidente Juárez.

Un tercer camino conduce del Sur-Oeste a la Capital (camino de Jerez), doblando lomeríos y llegando por la punta Sur de la Ciudad, por donde entra la vía férrea y donde se encuentra la Estación del Ferrocarril.

De manera que los tres caminos mencionados radían de Zacatecas al Norte, al Oriente y al Sur, y constituyen las vías carreteras que comunican con el exterior.(1)

La vía férrea sigue sensiblemente paralela al camino de Guadalupe, al Sur, y en esa dirección se aleja de la Ciudad.

Yendo de Veta Grande a Zacatecas, de Norte a Sur, se tiene inmediatamente una fuerte ele-

(1) El camino para Morelos se bifurca en realidad en dos, al salir de Zacatecas, tomando la dirección de Fresnillo por el O. Al S. O. son también dos los caminos: de Jerez y de Villanueva.

vación, desde la que se distingue el comienzo o punta de la Ciudad, allá en el fondo, como resguardada al frente y hacia nosotros por un cerro colorado de mediana elevación (Loreto), fuertemente *fortificado*, y por un *centinela guardaflanco*, alto y alargado, en forma de espinazo, y que se llama Cerro de la Sierpe.

Encuadrando la Ciudad, cerca de ella, y como dos colosos que la guardan, se yerguen: Por el Oriente, el Cerro de La Bufa, de flancos poco accesibles, fortificado y artillado, y en el que se distinguen, dominando el valle: un observatorio, un castillo–parroquia y La Bufa propiamente dicha (peñasco acantilado que corona la cúspide), sobremontada por un faro. A este cerro precede paralelamente, dándole frente, otro cerro alargado que lo protege como primera posición importante, que habrá que tomar antes de acercarse a él.

Por el Poniente se levanta, redondeado y dominante también, el segundo coloso, Cerro del Grillo, elevación importante que constituye la *llave de la posición*, y que ha sido cuidadosamente fortificado, artillado y reforzado con abundantes tropas.

Hacia el Sur–Este se distingue una grande y alargada elevación que forma garganta con La Bufa y que un poco alejada de Zacatecas, presenta una gran mesa, denominada de Bolsas.

Finalmente, al Sur, se distingue un cerro puntiagudo y alto, que se eleva en forma de cono y que se halla guarnecido con tropas; es el Cerro de Clérigos.

Para entrar a la Ciudad rodeada de esas fuertes posiciones naturales, fortificadas y guarnecidas con más de 10,000 hombres, habrá, pues, que dirigirse en una de las tres direcciones de caminos consignados, disputando previamente la posesión de las alturas dominantes.

Preliminares. Las tropas de la División del Norte, llegadas de Torreón y acampadas a una jornada de Zacatecas, pudieron

aproximarse a los alrededores de la Ciudad, después de un *reconocimiento ofensivo*, iniciado por el General Angeles y su Estado Mayor, con una escolta de 20 hombres, habiendo librado un combate en San Vicente a una columna volante de unos 200 soldados de Argumedo que vigilaban los alrededores. Este combate, que estuvo a punto de sernos adverso, fué oportunamente apoyado por el General Trinidad Rodríguez, quien con sus tropas replegó al enemigo hasta sus posiciones de defensa.

Varios reconocimientos previos nos enseñan que por el Sur–Oeste, los lomeríos que barrean la Ciudad, están bien batidos por los fuegos de diversos atrincheramientos, al parecer sabiamente elegidos, y que ese será quizás, el frente más fuerte de la defensa. Por el Norte, en cambio, se presenta una zona ondulada, aunque dominada por el fuego de los varios *centinelas* mencionados.

Al General Angeles, le gusta este frente y lo elige como el más apropiado para el ataque principal, porque la artillería puede, por allí, enfrentarse con la artillería enemiga y porque se puede también muy principalmente, apoyar desde buena distancia a las tropas de infantería que habrán de asaltar las posiciones elevadas.

En Veta Grande quedó establecido el Cuartel General de la artillería y de la Brigada Angeles.

La elección de las primeras posiciones de la artillería, fué hecha con dos días de anticipación.

El cañoneo sufrido pasivamente la antevíspera y la víspera sobre esas posiciones, los combates parciales librados por el N. O. con tropas del General T. Rodríguez y por el S. O. con las del General M. Herrera, muestran, con las bajas sufridas especialmente en tropas de este último General, (que resultó herido él mismo en un brazo) y por los efectos causados en la artillería (dos piezas desmontadas, artilleros muertos y heridos), que la infantería del enemigo está presta a la de-

fensa y que su artillería tiene bien medidas las distancias y referidas de antemano las posiciones.

El día 22 se da la orden de que al siguiente, a las 10 de la mañana, la artillería rompa el fuego sobre las posiciones enemigas, y que todas las fuerzas de la División del Norte, que manda el señor General Villa, llegado la víspera y enterado de la situación, emprendan el ataque. (1)

Las tropas quedarán repartidas y atacarán en la forma siguiente: Por el Noroeste, y dispuestas a apoderarse de la posición anterior a La Bufa y del camino que conduce a Zacatecas, las Brigadas "Ceniceros," "Morelos" (General Urbina), "Robles" (General Benavides), Tercer batallón (Coronel González) y parte de la "Zaragoza" (General Madero), con un efectivo total como de 3,000 hombres; por el Norte, ligada con las anteriores, parte de la Brigada "Madero" y parte de la "Ceniceros" con unos 1,500 hombres; por el N. O., Brigadas "Villa" (J. Rodríguez), "Cuauhtemoc" (T. Rodríguez y Rosalío Hernández), con un total de 4,500 hombres; por el Oeste, Zapadores del General Servín y tropas al mando del General Almanza, con unos 2,500 hombres; por el Sur y Sur-Oeste, Brigadas "Herrera," "Ortega" y "Chao," con unos 3,000 hombres; por el Oriente, y alejadas hasta Guadalupe, las tropas de los Generales Arrieta, Natera, Bañuelos, Domínguez, Triana y Carrillo, con unos 6,000 hombres. Estas últimas tropas se habían apoderado ya del pueblo de Guadalupe, cortando la vía y cerrando el paso, según indicación del General Angeles, a los trenes y tropas que pudieran venir de Aguascalientes en auxilio de los sitiados y a la salida probable de éstos.

Las tropas de Natera ocupaban, en actitud espectante, la mesa de Bolsas.

La artillería se distribuyó en dos partes: la

(1) El señor General Urbina ordenó ese ***dispositivo*** como Jefe accidental de la División, durante la ausencia del señor General Villa.

menor por el Sur, compuesta de dos baterías, con tropas del General Herrera, dispuesta a apoyar el ataque de éstas o a concurrir a la persecución, si la guarnición de Zacatecas se retiraba prematuramente, como parecía sospecharse de una humareda que se distinguió el día anterior y que podía ser debida a que, según bárbara costumbre, el enemigo incendiaba las casas antes de marcharse. Y el grupo principal, que de las primeras posiciones elegidas y batidas hasta entonces pasivamente por la artillería enemiga (tenían orden de no hacer fuego para no descubrirse), marcharía la víspera en la noche a colocarse más cerca todavía, protegiéndose una parte con las crestas del lomerío y otra con un caserío medio derruído, llamado Mina de la Plata.

Este caserío serviría de punto de observación del General Angeles en la primera fase del encuentro, y de posición oculta, para la reserva de infantería que habría de apoyar el *ataque principal*, a la hora indicada.

La infantería, dispuesta al ataque y presta desde la noche anterior en sus posiciones, formaba un gran arco de círculo, cuyos extremos apuntaban hacia La Bufa por un lado, y hacia la Sierpe por el otro. Las lomas que daban frente al cerro de Bolsas, una lomita redonda, el caserío del Edén y otras lomas de la derecha, constituían, junto con algunas casas aisladas, los puntos de apoyo del arco de fuego del ataque principal.

La Batalla. (1) El día 23 de Junio de 1914, amaneció nublado con niebla blanca que no amenguaba la intensa luz de un brillante sol de verano. Las nubecillas vaporosas se arrastraban lentamente por las cúspides de los cerros, como desperezándose con negligencia sobre sus últimos cojines terrestres; y el Sol lograba esca-

(1) Este relato se refiere a mis particulares impresiones recibidas en el desempeño de la honrosa comisión de Ayudante del señor General Felipe Angeles.

par, de trecho en trecho, por entre la neblina que se recogía en cúmulos de algodón, lanzando a la tierra furtivos dardos de oro. Parecía que escudriñaba por entre veredas y campos, dónde estaba la legión de valientes que habría de recoger un lauro más para la División del Norte y dónde yacían diseminados los cadáveres y vertida la sangre de algunos héroes de la víspera, como si quisiera orear ese riego fecundo de los que se apresuraban a ganar la Gloria Militar.

Después de una noche tranquila, reparadora de fuerzas y germinadora de nuevas energías y de buenas reflexiones para la jornada épica que se avecinaba, despertó el Estado Mayor del General Angeles, desayunó satisfactoriamente y se aprestó a montar para seguir al Jefe. Unas galletas deslizadas furtivamente en el bolsillo y unas vendas depositadas en la bolsa del camarada, denunciaban apenas la previsión de que la lucha fuera ardua y peligrosa. Por lo demás, después de los preparativos de estilo, como para un paseo matinal, el General y sus Oficiales marcharon al campo del honor una hora antes de la cita.

Las tropas habían pasado una noche lluviosa, en vigilia, en sus posiciones avanzadas.

Ahora, el sol había desgarrado el velo de la niebla e inundaba de claridad el campo multicolor en que a manera de puntos, se distinguían acá y allá los soldados de las tropas contendientes.

Un viento fresco soplaba del N. E. y había alejado la lluvia que se avecinaba como resultado próximo del estampido del cañón al conmover la atmósfera.

En el fondo de la barranca, y vigilada siempre por sus potentes *centinelas*, se escurría, asomando una punta, la Ciudad de Zacatecas, lugar futuro de reunión al que dirigíamos algunas miradas codiciosas.

La artillería ocupaba ya sus nuevos emplazamientos.

El General Don Felipe Angeles con su Estado Mayor

Al avanzar, inspeccionábamos el campo, dejábamos a retaguardia protegidos los *puestos de socorro*, los *tiros y avantrenes*, así como nuestras cabalgaduras, y a pié nos dirigíamos hacia el caserío derruido en que momentáneamente habríamos de ocultarnos, mientras se comunicaban las últimas órdenes preparatorias.

En el patio principal de esos caserones y ocultas de la vista del enemigo, se hallaban dos baterías nuestras (Grupo Jurado).

Encuadrando los caserones y a derecha e izquierda, otras baterías se protegían algo con las crestas del terreno y algo con las *trincheras del campo de batalla* que los artilleros se habían construído durante la noche.

Por el lado izquierdo se avanzaba, osadamente, otra batería más del Grupo del Mayor Saavedra, protegiéndose de un modo análogo a las anteriores; y desde la altura que teníamos a retaguardia, sobre el cerro cercano a Veta Grande, dos baterías apoyaban a las anteriores con sus fuegos dominantes.

Mucho antes de las 10 de la mañana, la infantería de los primeros puestos, entablada la conversación del fuego con el adversario y la artillería enemiga desde El Grillo y La Bufa, lanzaba por encima de nosotros, a una caballería que se descubría, avanzando a sus posiciones, la andanada rugiente de sus *shrapnels*.

Con impaciencia esperábamos la hora solemne; con el afán de quien quiere cumplir un deber imperioso; con el interés de quien quiere descubrir intensas emociones; con la ambición de quien quiere para sus correligionarios, para sí y para su partido, nuevas palmas y nuevos triunfos.

Provisionalmente protegidos detrás de dos paredones, se me antojaba que la artillería enemiga podría ser numerosa, que hasta ese momento no había revelado toda su fuerza y que los caserones en que nos encontrábamos con dos baterías emplazadas, iban a atraer como a un nido de proyectiles las iras de las piezas enemigas

y habrían de ser dentro de pocos momentos, montones de escombros. Me alegraba yo de que por un acto de propia iniciativa, la *infantería de reserva* no se hubiera protegido allí, prefiriendo distribuirse en la *línea de fuego*; y recordaba con curiosidad y con recelo, la frase de mi General: "Mejor que tiren al caserío, porque de ese modo, no le tirarán a la infantería; atraeremos sobre la artillería todo el fuego de los cañones enemigos y.....sentiremos mucho más bonito!"

¡El General considera el combate como una fiesta en la que se goza y a la que se concurre lleno de alborozo, vestido de limpio, por higiene, para el caso de que lo hieran a uno, y con coquetería; antes de salir, se había rasurado la barba y atusado el bigote cuidadosamente.....!

Momentos antes de las 10 de la mañana, la infantería, impaciente, rompe y arrecia el fuego de sus fusiles, y a las diez en punto, primero irregularmente, después en conjunto, nuestra artillería comienza a resonar en la fiesta. El punto principal adonde dirige sus fuegos por el momento, es el cerro colorado de Loreto, que bate para proteger el asalto de la infantería. Esta avanza valientemente, desaloja al enemigo de la trinchera de la falda de dicho cerro, espera el nuevo efecto de nuestra artillería que no se hace esperar, logrando alejar a los hombres atrincherados de la cúspide, y pronto, con los primeros dragones que siguen al abanderado, éste hace erguir la enseña tricolor que ondea alegremente sobre el fortín del cerro de Loreto, primera posición importante arrebatada al enemigo. Al iniciarse este asalto, el valiente y joven general Trinidad Rodríguez perdió la vida.

Durante este momento de la lucha, en que el caserío no fué destruído, pero en el que una pieza fué alcanzada por las granadas enemigas, un callejón entre dos paredones nos sirvió de observatorio; con cada uno de sus lados nos protegimos alternativamente para observar las fases de la lucha, y ni las balas que silbaban aguda y

dolorosamente, ni algunas granadas que al explotar nos conmovieron muy de cerca, quitaban a la escena su particular interés.

Viendo que la batería de la izquierda del caserío hacía buenos tiros en dirección hacia Loreto, pero cortos, porque nuestras tropas ya ocupaban hasta media falda, el General me permitió que fuera yo a hacer corregir ese tiro. Con unas cuantas indicaciones, el Capitán Roldán, cuya batería vigilaba el valiente Mayor Saavedra, mejoró su tiro e hizo excelentes *impactos* sobre la trinchera misma de la cúspide de Loreto. El resultado no se hizo esperar y lo dejé ya consignado.

La toma de Loreto tardó 25 minutos.

Estaba yo en la batería mencionada, cuando se presentó el General Urbina, observando el combate y preguntando por el General Angeles; le indiqué dónde estaba y le rogué que no se acercara su escolta montada, para no atraer el fuego enemigo: acababan de herir a varios artilleros.

Al mismo tiempo, la infantería de nuestra ala izquierda, apoyada por las baterías de ese lado, rechaza la línea enemiga posesionada del cerro anterior a La Bufa, hace que esa infantería se retire a La Bufa misma y se establece fuertemente en la cresta que la protege. De una a otra crestas se entabla nutrido tiroteo, que se mantiene largo rato.

Momentos después de que volví al caserío, me decía el General Angeles que las piezas de las baterías ocultas se habían inutilizado, y el Capitán E. de los Monteros acudía a ver si tenían pronto remedio.

Por indicaciones del General, corro en busca de nuestras cabalgaduras para ocurrir a un nuevo punto de la lucha. Entre tanto, las otras baterías continúan su fuego.

Pronto, cuando el Cerro de Loreto ya es nuestro, la lucha se singulariza en el Cerro de la Sierpe.

1020004957

El General ordena que la artillería avance, y entre tanto, ocurre con su Estado Mayor, al galope, al teatro de este nuevo pasaje épico.

Al pasar por cerca de la batería del Capitán Durón, le ordena que bata la nueva zona y poco después, a medio camino, se encuentra al Sr. General Villa que, seguido de su escolta, venía también al galope en busca del General Angeles y de su artillería. Ambos Generales y sus escoltas, se detienen; se saludan los dos Jefes y dialogan: el General Villa, preguntando por la artillería, para desalojar al enemigo de la Sierpe, y el General Angeles, asegurándole que ya había ordenado que aquella avanzara.

Todos se dirigen en grupo al lugar del peligro. Auroleada por el prestigio, se destaca la figura del General Villa que marcha a la cabeza, impasible, mostrando su recia y marcial complexión y conversando amigablemente con el General Angeles que lo acompaña. Atrás, vienen al paso, siguiendo a sus Jefes, los dos Estados Mayores, en tanto que numerosas balas buscan con insistencia, víctimas, entre ese visible grupo de hombres adictos que siguen a dos notables y valientes Generales.

El asistente y el caballo del Mayor Bazán resultan heridos y los dos grupos continúan al mismo aire que sus Jefes, lenta e imperturbablemente.

Yo había acudido a ordenar a todas las baterías inmediatas, que concurrieran con sus piezas útiles a la nueva posición avanzada; el Capitán Durón me opuso algunas reticencias, porque su fuego era excelente y porque acababa de recibir orden verbal del General; yo le expresé que *mi orden* era de dicho superior, y acto continuo, me dirigí al caserón inmediato al Cerro de Loreto (mina del mismo nombre) del que nos separaba una hondonada.

Allí habian llegado ya los Generales Villa y Angeles con sus acompañantes.

El fuego de la artillería enemiga ruge por

encima de las casas y las balas con sus silbidos estridentes quitan el deseo de asomarse por la arista del muro.

El General sube a la azotea para apreciar mejor la situación; yo lo acompaño, y tras suficiente exposición, lo invito a que descienda. El fuego arrecia.

Las tropas de la derecha se baten con entusiasmo, y en un empuje vigoroso suben hasta media falda de la empinada vertiente de la Sierpe y hacen que el enemigo se parapete en la cúspide, protegido por fuerte trinchera y por cercas de piedra.

Lo pendiente de la subida y la rapidez del impulso, restan fuerzas a estas nuestras tropas que empiezan a agotarse. El enemigo se envalentona y sale de sus atrincheramientos, principiando a rechazar a los nuestros.

Una ametralladora colocada en el ángulo de la casa desde la que presenciamos la lucha, ayuda con fuego rápido a los nuestros, pero no causa gran efecto.

Los defensores de la Sierpe se han erguido ya y descienden haciendo mortífero fuego sobre los más valientes de nuestros hombres que se han colocado a unos cuantos pasos de ellos. Los luchadores se baten desesperadamente; el momento es solemne; los que nos rodean voltean la cara hacia nosotros, preguntando por la artillería; el General me ordena que corra a traer aunque sea una pieza, voy por ella, y antes de algunos momentos, acude ya un cañón seguido de otro, que se colocan inmediatamente en batería, al descubierto, sobre el terreno disponible.

Todo el mundo dirige ansiosas miradas a las piezas y está suspenso del resultado. Yo ayudo a apuntar la primera; el valiente Capitán Durón toma el mando de su sección, me apresto a observar allí mismo el tiro y pronto, al segundo disparo, nuestras granadas pegan en medio del enemigo. El efecto moral no se hace esperar: empieza la huída, los nuestros avanzan denodadamente,

se escuchan "bravos" y aplausos entre los que nos rodean y la fanfarria de las dianas se hace sonar para saludar, acompañada de "vivas," gritos y lágrimas de emoción, nuestra bandera, que ya flota en la cúspide de la Sierpe. Esta posición había tardado quince minutos en caer, desde que fué atacada por la artillería.

Continuamos el fuego sobre la falda por la que se retiraba el enemigo.

Sin perder tiempo, se avanzan resueltamente los cañones que van llegando hasta la explanada descubierta que se encuentra adelante de la casa, los artilleros redoblan sus energías y baten furiosamente a cañonazos el cerro del Grillo. Este y La Bufa nos contestan con empeñoso arresto y sus proyectiles unas veces largos, otros cortos, nos llevan solamente el polvo de sus explosiones. Una granada llega, sin embargo, a inmediaciones de una pieza, explota y hace víctimas. Pero los artilleros no cesan en su lucha: las balas silban y los sirvientes de las piezas preparan, apuntan y hacen fuego.

Los Generales Villa y Angeles, algunos oficiales y el que relata, nos acercamos a un cañón que hace fuego certero, y nos subimos sobre un montón de piedras, para observar mejor. Súbitamente, una explosión mas recia que el estampido de la pieza que tenemos a dos metros, nos ciega, nos ensordece y nos llena de tierra y humo. Aturdidos, escuchamos gritos de espanto y los gemidos, o mas bien alaridos, de un artillero herido seriamente. "Nos tocó una granada enemiga" pensé yo; y cuando el polvo y el humo empezaban a disiparse, pudimos ver un cuadro patético que, con sorpresa para mis futuras reflexiones, no me causó en ese momento emoción alguna: cerca, y a retaguardia de la pieza, se encontraban los restos mutilados de un artillero (el arreglador de espoletas), con las manos voladas hasta el antebrazo, el pecho hundido y la cara y el cráneo destrozados; a un lado se levantaban otros heridos ensangrentados, llenos de espanto y de dolor,

según lo hacían comprender sus gestos y lamentaciones, y en todas direcciones los sirvientes de las piezas corrían despavoridos.

Observando semblantes cadavéricos y caras descompuestas por el espanto, ayudamos al General a volver a los artilleros al pié de sus cañones, levantándoles el ánimo con gritos de mando y recordándoles su heroico deber!.....

Para completar este cuadro de emocionantes notas, un grupo como de veinte tiradores se ofrece a nuestra vista, asustado, con los semblantes pálidos, con los dorsos encorvados, prestos a parapetarse detrás de nosotros y lejos de la línea de fuego. El General se indigna al verlos, les llama cobardes y les ordena que vayan al frente en que se baten sus compañeros; obedecen a medias, agazapándose y marchando de lado, *en cuatro patas* como los cangrejos, que eluden el peligro oblicuamente. El General los increpa y saca el revólver para amenazarlos, yo lo secundo, y por fín, aquellos hombres vencen el miedo y van a incorporarse con sus valientes compañeros. (1)

Entretanto, el fuego continúa, pero disminuye de intensidad; la artillería sigue batiendo al Grillo y nuestras tropas no avanzan más.

El Mayor Fierro aparece con la pierna atravesada.

El General Villa quiere que continúe el impulso de sus tropas sobre el Grillo y careciendo de ayudante en el momento, se dispone a marchar él mismo para lanzar a esas tropas. El General Angeles adivina mi pensamiento, diciendo que yo puedo ir en lugar suyo, el General Villa acepta y parto a galope hacia la línea de fuego. (2)

Las balas saludan mi paso, silbando caprichosamente y dando lugar a que mi caballo au-

---

(1) ¡Queridos soldados del pueblo,—dice el general Angeles en sus apuntes—obligados por el deber a ser heroicos, cuando sus almas tiemblan y sus piernas flaquean!.....

(2) "Y partió Cervantes, entusiasmado de ver que se le utilizaba en esa comisión."
"Allá le vimos muy lejos, con su sombrero arriscado de un lado, al galope acompasado de su caballo alazán."-(Apuntes del Gral. Angeles.)

mente su desconfianza, porque le incomoda la vista de cadáveres aún calientes.

En unas casitas del frente encuentro tropas que disparan protegiéndose con el terreno, saludo de mano a unos oficiales (del E. M. Santos Coy, Coronel Albórez y otros) y ocurro al General Madero, que allí se encuentra, diciéndole que el General Villa desea que las tropas avancen y preguntándole si no estima conveniente que hagamos marchar a las allí presentes. El me contesta que esas tropas apoyan en el momento a las pocas que van avanzando adelante, que no cree conveniente, por lo tanto, hacerlas marchar y que teniendo poco efectivo, ruega al General que le mande refuerzos.

Regreso al galope, escuchando silbidos de balas, largos como quejas o cortos como un chasquido, pensando para mis adentros que las balas que me respetaron de frente no me habrán de traicionar por la espalda; una de ellas golpea el suelo por entre los remos de mi caballo, que da un salto sobre sus cuatro patas y arrecia su galope, y llego por fin a comunicar lo antes referido, a los Generales Angeles y Villa.

Refuerzos ya no había y las tropas estaban agotadas.

El Grillo empezaba a ser desalojado por efectos del fuego de nuestra artillería.

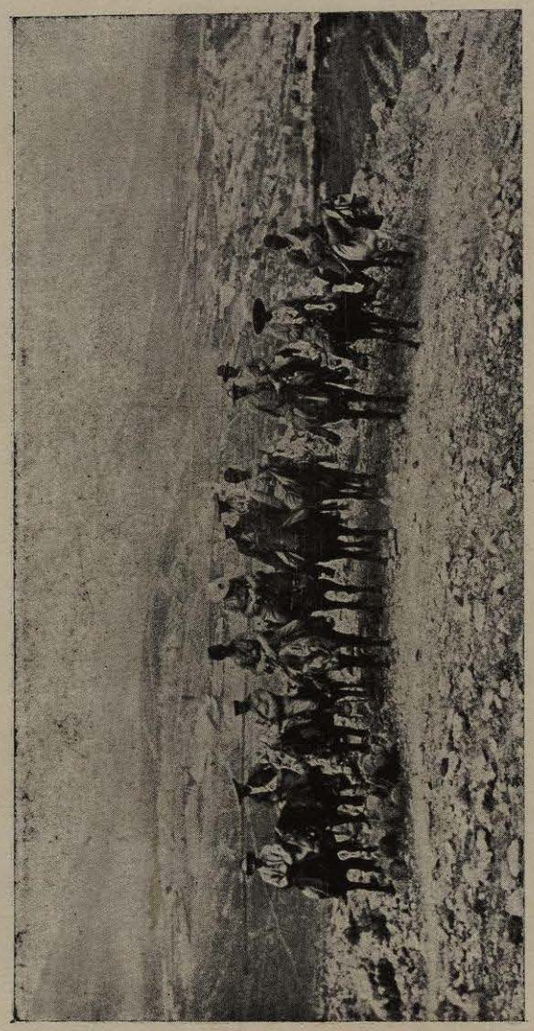
Era la una y media de la tarde y el tiroteo disminuía de intensidad.

La Bufa se había acallado.

Las tropas tuvieron una tregua.

La primera gran fase de la batalla se había, pues, terminado, con la conquista de las posiciones: delantera de La Bufa, Cerro de Loreto y la Sierpe.

Ahora el fuego de la artillería enemiga se cebaba por el Sur sobre las tropas Herrera, Chao, Ortega y Servín y se escuchaba por allí fuerte tiroteo, que denunciaba la pujanza de la lucha.



General Angeles y su Estado Mayor en La Bufa.—En el fondo del Valle, Zacatecas

Segunda fase. Dentro de la casa en que habíamos presenciado las escenas descritas, y que alguna granada contraria había perforado, cerca de un hogar encendido por el enemigo, en el terreno conquistado, Vaca, el asistente del General Angeles nos llevó el almuerzo, que gustamos con el General Villa y otros oficiales. Se comió bien, acompañados por el estampido de algunos cañonazos, y de sobremesa, el General Angeles y yo finalizamos a balazos la vida de un desgraciado caballo, al que una granada había arrancado la mano izquierda.

Los disparos de nuestras pistolas parecían insignificantes para nuestros oídos ensordecidos por los múltiples y roncos estampidos de hacía un momento.

Aprovechando esa tregua, montamos a caballo y nos dirigimos al ala izquierda para ver de cerca los progresos realizados en ese lado.

Sobre la marcha, previendo el triunfo próximo, el General me ordenaba enviar al Capitán Quiroz, cuya batería no había descansado de cañonear al enemigo, la siguiente orden escrita: «marche Ud. a tomar posición al Grillo, en donde recibirá órdenes.»

La posición tomada por las tropas del ala izquierda permanecía fuertemente ocupada y desde ella continuaban cambiándose nutrido fuego con las tropas que se parapetaban en La Bufa.

El cañón de ésta continuaba su fuego, ya hacia el Sur, ya hacia Loreto.

El cerro del Grillo había quedado desguarnecido como por espacio de una hora. Pero a poco se vió que el enemigo volvía a ocuparlo con numerosas tropas de refresco y sus cañones no tardaron en vomitar fuego nuevamente.

Nuestras tropas han tomado aliento, la artillería, principalmente la batería de Quiroz, esta-

blecida ahora en la mina de Loreto, bate de nuevo, con furor, los fuertes del Grillo, y no tardamos en ver, primero, hombres aislados que se retiran al paso; después, grupos que se esconden retirándose y, por último, un verdadero cordón humano que desciende aceleradamente huyendo del cerro para internarse en Zacatecas. Nuestra artillería los sigue en su descenso y los pone en fuga.

En ese momento son las 5.50 de la tarde, se vé en el centro de la ciudad una gran humareda; el General nos dice: "ya están quemando Zacatecas;" el Ingeniero Valle nos sitúa en el plano el lugar probable de donde parte la humareda: parece ser del Mercado; yo hago notar que el humo se disipa prontamente, lo que hace suponer que se trata de una explosión y no de un incendio, conclusión que, como adelante veremos, fué confirmada.

Momentos después, nuestra tropa avanza y escala y ocupa el fuerte del Grillo, en el que planta hasta dos banderas victoriosas.

Entretanto, por el Sur arrecia el combate; en el campo de mis gemelos puedo distinguir que el enemigo también se repliega hacia la Ciudad, obligado por el empuje de las tropas que asaltan de ese lado.

El cerro de Clérigos, que ha estado siendo objeto de rudo ataque, ha caído probablemente en manos de los nuestros.

Por nuestra ala izquierda, a donde hemos hecho avanzar una batería, iniciamos el fuego a corta distancia contra La Bufa. De ahí se ponen a disparar, cañoneando radialmente en todas direcciones; presiento que van a hacernos fuego sobre la batería, llamo al General para ocultarnos en una oquedad y, acto continuo, pasan sobre nuestras cabezas los proyectiles de La Bufa. Semejan vuelos zumbadores, de resonar sinuoso, que van a romperse desesperadamente atrás de nuestras posiciones avanzadas. A esta distancia ya el sonido no llega precediendo al proyectil, por manera que para apercibir de antemano el

disparo, fijo mis gemelos hacia la pieza, atento a vislumbrar el fogonazo.

La artillería de La Bufa cambia de blanco, parece que otro enemigo más cercano aún, le amenaza, y nosotros dirigimos impunemente la vista a la izquierda sobre el camino que conduce a Guadalupe. Allí descubrimos con alegría que numerosas tropas enemigas, montadas, se alejan al galope hacia el pueblo; poco después vuelven grupas; regresan nuevamente hacia la salida, y finalmente, en completo desorden, abandonan el camino y se arremolinan en el campo, como lo haría una manada de borregos.

Desde nuestro observatorio podemos cazarlos, y al llamar a algunos soldados para que dirijan su fuego hacia ellos, un oficial me hace notar que nuestra gente también los rodea por este lado y que podemos herirla. Suspendemos nuestro propósito y observamos.

El General Angeles manda decir al General Villa *que ya ganamos.*

Las tropas apostadas en el camino de Guadalupe, habían cortado la retirada del enemigo, y estaban destrozándolo, como se verá adelante.

Entretanto, la artillería hacía certeros disparos sobre La Bufa, que ya no respondía. La gente de ahí se ponía en movimiento y nuestra infantería iniciaba el acceso al cerro.

La gente del Sur arreciaba en su empuje; el enemigo huía en carrera desenfrenada hacia la Ciudad y los ocupantes del Grillo bajaban a encontrarlos.

Finalmente, el enemigo huía de La Bufa hacia el camino de Guadalupe.

El fuego de la artillería había cesado, pero escuchábamos nutrido tiroteo y descargas cerradas en la ciudad misma.

¡Nuestras tropas entraban a sangre y fuego en Zacatecas!

Obtuve permiso del General para avanzar hacia la ciudad, a fin de buscar alojamientos, acompañado del entusiasmado Ing. Valle.

Mi deseo era que ya que había yo disfrutado de las emociones y del panorama magnífico de la hermosa batalla en el claro campo de mis gemelos, todo el día afocados a las posiciones enemigas, presenciara yo también la última fase de la lucha aquella, en que las tropas vencidas huyeron en completo desorden y en que las vencedoras, desordenadas también, entran y se apoderan de la última presa.

Por el camino reclutamos algunos dispersos y con las armas listas para cualquier evento, penetramos a las siete de la tarde a la ciudad, todavía alumbrada por los últimos resplandores del sol de un magnífico día de verano.

El enemigo, acorralado y vencido, había muerto o caído prisionero.

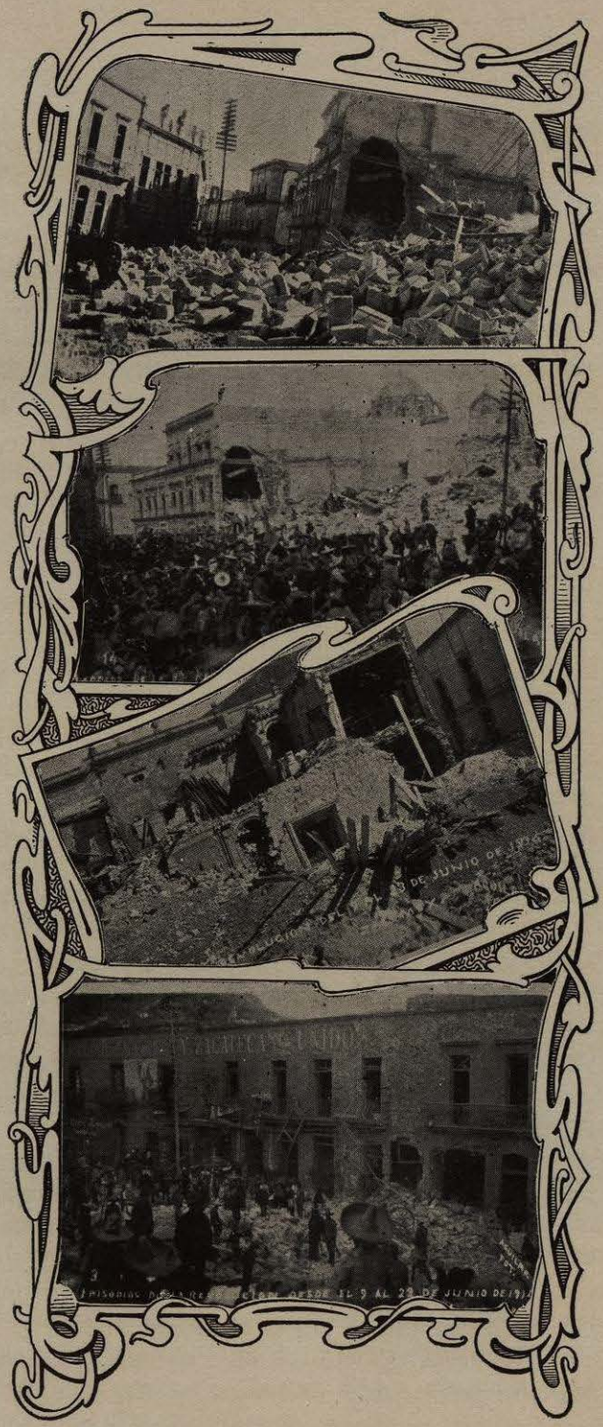
La gente del barrio extremo se asomaba aún temerosa por puertas y ventanas. Pero hacia el centro de la Ciudad, en que se escuchaban gritos, tiros, descargas y dianas, la confusión era completa; diez mil hombres, por lo menos, invadían de súbito una ciudad desconocida, cuyas casas tenían puertas y ventanas herméticamente cerradas.

Olía a pólvora y a carne humana.

Los cadáveres yacían aún escurriéndoles la sangre, por sobre el piso de las calles y los vencedores embriagados con la victoria, después de la lucha, llamaban a las puertas con fuertes golpes de culata, disparaban hacia las ventanas y rompían las vidrieras. Los alambres telegráficos y telefónicos yacían por tierra, estorbando el paso.

Diversos grupos de hombres se disputaban y arrastraban por las calles los carruajes que habían encontrado o acababan de extraer de las cocheras: era el *avance* de carruajes.

Algunas tiendas eran saqueadas, además, por vencedores, que al día siguiente habrían de pagar



1. Aspecto de la Calle Principal de Zacatecas, después de la explosión.— 2. Los revolucionarios contemplando el desastre. — 3. Restos de un edificio volado.— 4. Destrozos en las casas del frente.

el robo con la vida. (Hubo sesenta ejecuciones por saqueo).

En el centro de la ciudad, en que apenas se podía transitar por el gentío militar, se veían los escombros de una gran casa: Banco de Zacatecas y Jefatura de Armas. A los lados de ella, y en la acera del frente, las casas mostraban sus ventanas y balcones despedazados, sus muros agrietados y ennegrecidos por formidable explosión.

¡Los bárbaros llamados gobiernistas, los huertistas vencidos, habían volado una manzana entera con todo y habitantes, como postrer venganza!

¡Pero la guarnición de doce mil hombres expiaba con el aniquilamiento su último crimen!

Desenlace. Huyendo del desorden, de las imprecaciones y de los disparos que chispeaban siniestramente en las sombras de la noche, resonando con ecos pavorosos en los enfilados callejones, nos refugiamos en la casa de unos conocidos. El susto los tenía aún pálidos.

Nos obsequiaron con una frugal cena y más tarde cuando la alharaca hubo amenguado, obtuve de uno de ellos, el sacrificio de salir conmigo a la calle para mostrarme dónde podía hallar alojamiento para la artillería.

Una noche de cielo estrellado, pero obscura, permitía apenas descubrir a cada paso, cadáveres, de los que nuestros caballos se apartaban con espanto. Los hombres que no habían encontrado alojamiento, se acostaban en las bancas de los jardines.

En el portal de la plaza Independencia un gran número de ellos dormía a pierna suelta, alternando con los cadáveres de los vencidos, que dormían el sueño eterno.

La vida y la muerte se daban la mano en sueño macabro la noche de la victoria alumbra-

da tenuemente por la luz de las estrellas cintilantes.....

Aquella noche dormí profundamente.

Al día siguiente fuí a ver el resultado fantástico de la persecución, sobre el camino de Guadalupe.

La vía carretera, el arroyo y los campos que lo bordean, estaban regados de despojos y sembrados de cadáveres. Cachuchas militares, chaquetines, etc., daban idea de un campo de suprema lucha.

Allí se podía estudiar por los gestos, las actitudes y la abundancia de muertos, la psicología macabra de la muerte. Había unos que en actitud natural, revelaban una muerte piadosa; pero los más tenían retratada en el rostro la mueca de la desesperación con que huían: los brazos cubriéndose la cara en señal de espanto en unos, o de implorar clemencia en otros, eran indicadores de la hecatombe.

Algunos había que habían recibido la muerte instantáneamente, al hacer el ademán propio de quien se siente lanzado por el caballo: con las manos llevadas lateralmente en ademán violento.

La mayor parte estaban heridos en la cabeza.

Entre los cadáveres se veían cuerpos de mujeres y niños.

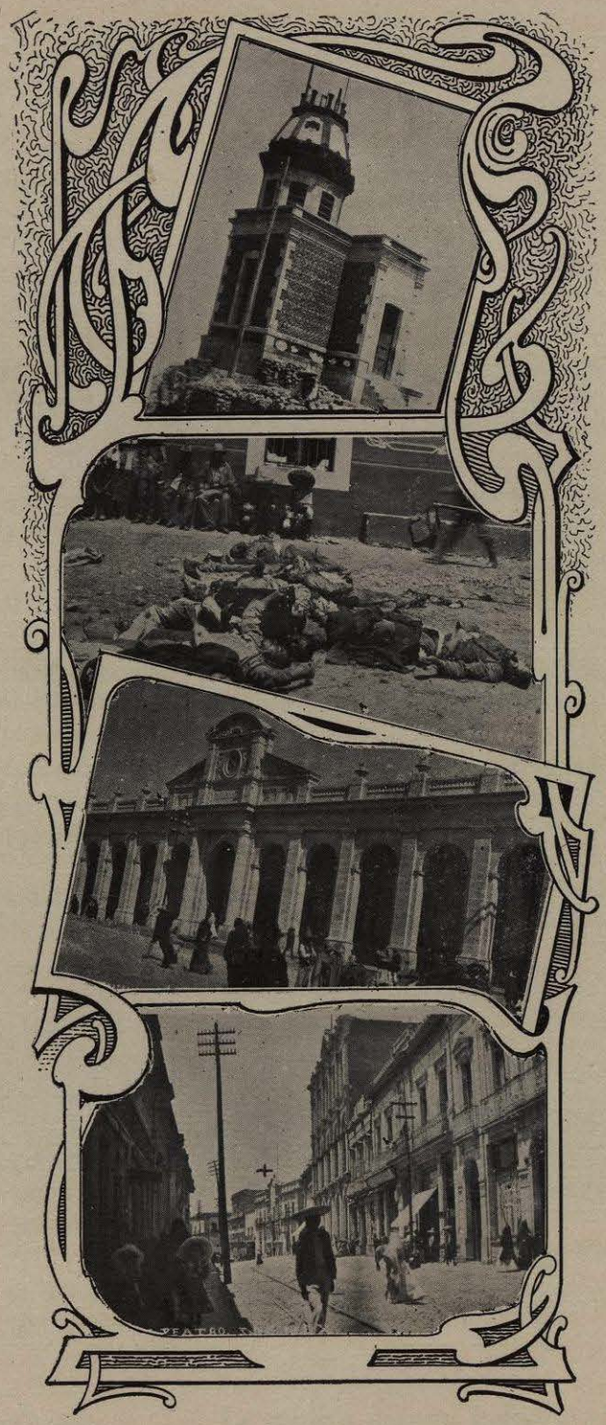
Muchos oficiales denunciaban su categoría por la calidad de sus ropas interiores y especialmente de sus calcetines. Las prendas exteriores de vestir habían desaparecido en todos ellos.(1)

Un energúmeno, en estado de ebriedad, cebaba sus venganzas y su bajo instinto en balacear un cadáver, a quema ropa, en las entrañas.....

Hasta los caballos tenían actitudes de espanto: Había algunos que metida la cabeza en-

(1) "Y pensar que la mayor parte de esos muertos fueron cogidos de *leva* por ser enemigos de Huerta y por ende, amigos nuestros!" Y pensar que algunos de ellos eran mis amigos, a quienes la inercia del rebaño mantuvo del lado de la injusticia!....."

(Apuntes del General Angeles.)



1. Observatorio Meteorológico en el Cerro de La Bufa.— 2. Cadáveres en la Estación del F. C. C. M.— 3. Portal "Independencia," donde durmieron los vivos alternados con los muertos. — Calle Principal de Zacatecas. Al fondo (+) edificios volados por los huertistas

tre las manos, por debajo del cuerpo, se habían aplastado con la muerte. Alguno ví que tenía la cabeza cubierta con una cachucha militar (macabra chanza de un ocioso) y otro lucía en la pata levantada los galones de la manga de un capitán incógnito.

Al lado de una barda, en un precipicio de algunos metros, varios jinetes en su huida desesperada, habían saltado con todo y cabalgadura, estrellándose en el fondo del abismo.

El tránsito era difícil, pues los carruajes apenas encontraban paso, sin rodar por sobre los pies de un hombre o las patas de un caballo muertos.

Este cuadro de horror se prolongaba hasta adelante de Guadalupe.

Se dice que sólo consiguieron salir de Zacatecas ochenta o cien jinetes de excelentes caballos y fortuna.

A mi regreso a la Ciudad, encontré largas cuerdas de prisioneros, a quienes ocupaban en acarrear armas y cadáveres. Los pozos de minas habían sido llenados con cadáveres.

A los lados del camino, y por la estación, había hacinamientos de cadáveres que no pudiendo ya ser sepultados, iban a ser quemados en montón.

¡La ciudad se iluminó con siniestros resplandores de hogueras humanas!

¡Empezaba a oler acremente!.....

.....

La guarnición de doce mil hombres fué aniquilada en nueve horas de lucha!

¡La victoria fué completa y épicamente grandiosa!

¡La persecución fué sangrienta y el aspecto de ese campo en que se pasearon la desolación y la muerte, parecía horripilante!

.....

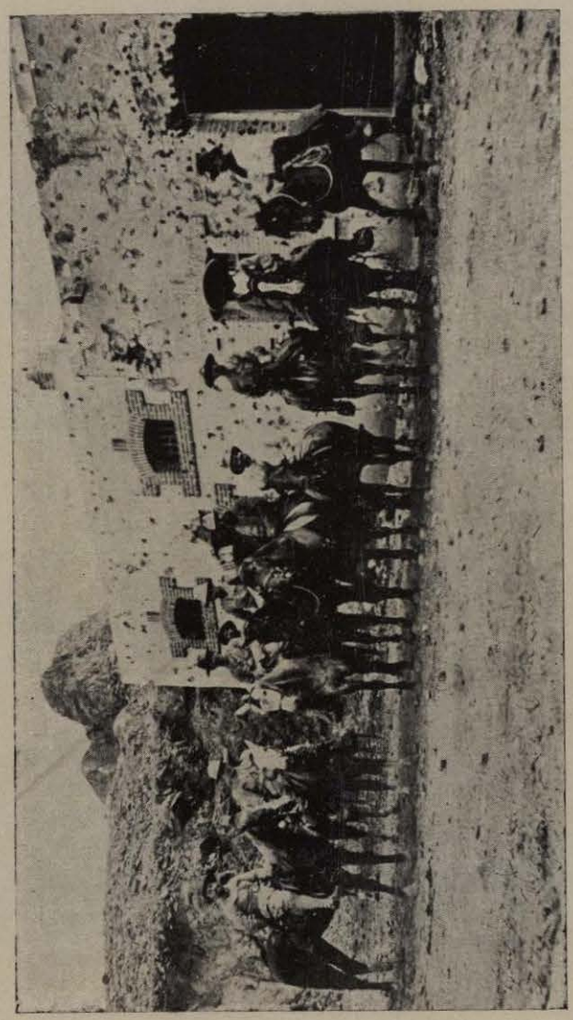
Resultado. La terrible derrota infligida al ejército de Huerta en Zacatecas, tuvo tal resonancia y causó tal quebranto en la mo-

ral del enemigo, que éste inició la retirada general de sus tropas que ocupaban San Luis Potosí, por el Oriente y Guadalajara por el Occidente.

La División del Norte pudo marchar triunfante rumbo a la Capital de la República y ya se aprestaban cinco brigadas mandadas por el General Angeles para marchar a ocupar desde luego Aguascalientes, cuando una orden inesperada del Sr. General Villa, nos hizo regresar rumbo a Torreón. Era que la gloriosa batalla de Zacatecas, librada sin la anuencia de Don Venustiano Carranza, había acrecentado en éste la envidia y que apoyado por las tropas de Don Pablo González, tomaba una actitud francamente hostil hacia la División del Norte. El General Villa no quiso dejar comprometida su línea de comunicaciones con la Frontera, toda vez que sus máquinas se encontraban exhaustas de carbón, artículo que ya no permitía pasar Don Venustiano.

Fácil empresa. Entretanto, Obregón libraba en Guadalajara y sus cercanías, fáciles encuentros parciales contra un enemigo que se retiraba hacia la Capital de la República. En ésta se concentraba una guarnición de unos cuarenta mil soldados bien armados y pertrechados, que pudieron no sólo resistir el ataque de las huestes de Obregón, muy inferiores en número, poco disciplinadas y con escasa artillería, sino derrotarlas completamente; pero había cundido la desmoralización en la dirección superior de las tropas ex federales; la opinión pública era escéptica y ahora sí ejercía presión contra los defensores de la mala causa. Obregón afirmaba, por otra parte, que tras de él estaba listo para el asalto de la Capital el ejército de Francisco Villa. A personas que acudían a saludar a Villa y Angeles, se les engañaba diciéndoles que esos Generales estaban en sus trenes algo más a retaguardia, pero afirmando que no tardarían en acercarse..... (1)

(1) Es público y notorio que varios combates de las tropas de Obregón, se resolvieron en victorias al grito de ¡Viva Villa!



General Angeles y su Estado Mayor.—Punto de apoyo en el ataque a La Bufa. —Efecto del fuego enemigo

Pacto. El pacto de Teoloyucan libró franco paso a las tropas de Obregón y puso a su disposición el abundante armamento, artillería y municiones de los ex federales, armas conque más tarde los carrancistas habrían de combatir a sus propios correligionarios, efectivos autores materiales y morales del abatimiento del ejército ex federal.

Don Venustiano Carranza se apresuraba a llegar a la Capital, para desfilar, seguido de Obregón y sus tropas, y éstas se exhibían en toda su indisciplina y pequeñez, ante los ojos atónitos de los capitalinos, que no comprendían cómo éstos pudieron obtener la rendición de aquéllos.

Bien pronto se notó en la Capital, la ausencia de autoridad y de energía de Carranza en el poder. Sus Generales y Jefes burlaban el respeto debido a vidas y propiedades y las órdenes escritas del Primer Jefe eran desgarradas con burlesca desobediencia.

Zapata rehusaba tratar con el carrancismo y todos dirigían sus miradas al Norte.

Entre tanto, el cisma surgido, se hacía cada día más patente.

Conferencias. Las conferencias de Torreón y la Convención de Aguascalientes, fueron la más patente muestra del impersonalismo del ejército del Norte, aliado al del Sur por razón de pureza de principios; y la desobediencia de Venustiano Carranza y la infidencia de él y de sus Generales, a la Convención, mostraron a la historia toda la mezquindad de sus ambiciones y toda la estulticie de su personalismo.

Rotas las relaciones y declarado rebelde Venustiano Carranza, los hombres de la División del Norte marcharon sobre los infidentes y éstos huyeron precipitadamente, dejando a aquéllos franco el paso, para hacer en la Capital una entrada triunfal, que ellos sí habían justificado con sus éxitos guerreros.

Los carrancistas rebeldes almacenaban a la

sazón parque, armas y energías en la Heroica Veracruz. Después, la infidencia de elementos perversos, equivocados o débiles, las dificultades de la guerra y el destino, han impedido completar y cimentar el triunfo; pero nuestros propios ideales revolucionarios están siendo pregonados por los detractores de la Convención, y no está lejano el día en que, vencido el personalismo, la justicia suprema se abra paso, para que el pueblo mexicano disfrute de las conquistas democráticas, que tanta sangre le han costado.

8723
A1.

CAPILLA ALFONSINA

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

F1391
.Z2
C47

1020004957

108605

AUTOR
CERVANTES M., Federico

TITULO
Asalto y toma de Zacatecas

FECHA DE | NOMBRE DEL LECTOR

Laura

100